

ANTE LA MUERTE DE MEDINA BARDÓN (En memoria de un acuarelista)

Saura Mira

SE nos ha ido otro gran artista murciano. Como el vuelo de una gaviota sobre el Mar Menor de sus amores; se nos ha ido un artista que sentía, sobre todo la técnica de la acuarela, que formaba parte de esos hombres privilegiados que desde su sencillez, sólo han querido pasar desapercibidos por el mundo, pero que han dejado, a quienes hemos tenido la dicha de conocerlo y de pintar juntos, un eco imborrable, algo que ya forma parte de nuestro acervo cultural indiscutible.

No sólo era Medina Bardón ejemplo del buen hacer en la pintura, también en otros campos como el de la imagen, en el que nos ha dejado una sustanciosa filmo-

teca de temas costumbristas murcianos. Pero nos vamos a referir a la acuarela que tocaba y trataba como un auténtico maestro.

Era, quien esta crónica escribe, muy joven, cuando comencé a captar la habilidad de Medina Bardón con la acuarela, que es la técnica más vidriosa del arte y desde luego nunca arte menor, pues quien ello dicen, están mal informados. En los años cincuenta y sesenta, algunos artistas como García Trejo, M. Bardón, entre otros, se significan por su amor a esta técnica sutil, limpia y fresca que precisa de una exquisitez y de una impronta segura en su realización. Pero Medina Bar-



dón, persona muy preparada y viajera, conocía a los más adustos artistas en esta faceta, desde los catalanes a ingleses, etc., por lo que introduce, en esta ciudad, su impacto y ello nos conmovió a quienes estábamos enamorados de la misma. Me consta que, en mi anhelo por formar una Asociación de Acuarelistas murcianos, él me ayudó junto con «México», el desaparecido acuarelista y amigo de la infancia, al que siempre recordaré.

La acuarela de M. Bardón es una gozada, sabía manejar los pinceles con estilo y gracia, con su característica en él, previo, a veces, trazo de dibujo, que le daba mayor rango y personalidad. Sus azules de la paleta en entonaciones fogosas, casi fauvistas, dan un rasgo peculiar a sus obras ceñidas a temas de su amoroso Mar Menor, al que solía acudir en todo tiempo, buscando el remanso de las barcas, dejándose llevar por sus reflejos tranquilos, mientras una nube blanca resbalaba sobre un denso azul celeste. Era un

mago de la aguada, un artista que buscaba las lejanías suaves, las riberas de la mar, las blancas salinas de Torrevieja, las calles impolutas de Peñíscola, las tonalidades borracas de color, que ajustaban su denso cromatismo sobre el papel...

Sencillamente nos ha dejado el artista sus obras en acuarela y en óleo, espléndidas, como el que me viene a mente de unos árboles junto al río Segura, cuando era río y se podía acercar uno a su regocijo...

Nosotros, desde estas páginas de nuestra revista queremos traer a colación aquellos personajes que han pintado y descrito nuestra tierra y sus costumbres; su paisaje y su luz. Pero aún más, deseamos ser justos con el arte y sus artistas, quienes nos han abandonado en una edad todavía joven. Como Medina Bardón, artista entrañable, elegante y culto, amante de la huerta y de la ciudad, de sus tradiciones y sobre todo de los amables atardeceres de su amado Mar Menor que tanto pintara y que nos ha legado para nuestro deleite...